

1.

La siesta era grácil, tibia entre los caminitos de la loma. Emigdio Rivarola caminaba entre los espartillos, rumbo hacia el estero, llevando del cabestro un hermoso caballo criollo. Ejemplar tordillo con manchitas color maní desparramadas sobre la cara y el cuello, tenía largas crines, grupa ancha y pecho fornido, aunque era de mediana alzada. Pero lo más destacado, para mí, no era su porte sino que llevaba en la nalga izquierda, como otra mancha heráldica, la marca del propietario: ΣR . Lo que bien podían ser sus iniciales, eran para todo aquel que no tuviera mirada de niño en los ojos —yo no dejaba de contemplar a mi hermano con admiración— la conocida marca de Evaristo Rivero, el hacendado más fuerte de la zona.

Emigdio gustaba de hablar y elucubrar solo; nunca dejaba que lo acompañe, siempre me insis-

tía en que volviera a casa y a veces hasta me lanzaba unos bodocazos con su hondita, pero yo lo seguía ocultándome entre los pajonales y el javorái. Más relajado, volvía a cantar o a hablar solo, riéndose de sus picardías. Tenía en mente conquistar a la hija de don Alejandro Irala, su Reinita. De cómo lo logró, trata en parte esta historia.

Recuerdo que silbaba una polca muy animada que después, con los años, reconocí como “1° de Marzo”, de versos emilianore. Cruzó bajo las torres de alta tensión y se metió en la picada del Piraguasu-kósta, mientras que, oculto entre los espartillos altos, mi perspectiva se diversificaba por el juego de sombras y luces de la picada, por el efluvio de los nacientes de agua cristalina que bajaban hacia el estero. Avancé tras él con el sigilo de un yaguareté que prepara una emboscada, hasta que recibí el topetazo de la resolana y la luz cegadora del agua del Paso Guapo’y. La imagen del recuerdo se me ha congelado en el plano cenital del estero. Como estampido, sonó una zambullida. Desnudo, con el agua hasta las pantorrillas, Emigdio bañaba a su caballo y, luego de enjabonarlo y refregarlo con un cepillo, lo iba enjuagando con el agua que le arrojaba con una jarra de aluminio.

¡Oooh, porãcho! le decía, desenredándole las crines y acariciándole el lomo. Así, cansinamente, silbando y cantando, estuvo un rato largo. Luego de terminar, apoyó los labios junto a la oreja del

animal y le dijo: Epyta ko'ápe, chera'yto. Aháta ajahu ha upéi jaha jeýtama rógape. Lo que en karaiñe'e equivale a: Esperame aquí, amiguito. Me voy a bañar y luego vamos nuevamente a casa.

Emigdio corrió hasta que no pudo más y se deslizó ruidosamente por la galería de agua que rodeaban los embalsados de pirí. Ya en el canal, tomó aire y se zambulló profundamente. Al cabo de unos segundos emergió nuevamente. Para mayor seguridad y descanso, se acomodó junto a un travesaño del puentecito de madera que usan los parroquianos para cruzar a pie a la otra orilla. Sujeto de la tabla viscosa, rio y pegó un par de sapukáis alegres. Pensaba en su artimaña para la función y se hallaba demasiado. Yo aproveché para bajar la lomita y acercarme al caballo que comía mansamente el pastito tierno de la ribera. Luego de un silencio, escuché el ruido del chapoteo de un cuerpo en el agua. Alertado por otro estampido de zambullida, Emigdio había contemplado los nidos de yacaré. Se sobresaltó por demasía de vicio. Sabemos lo temibles que son los jakare kuru, se ponen muy celosas de sus huevos de cocodrilitos. Apurado, se sumergió y deslizó por el cauce como un lobito de río, emergiendo ya casi en la orilla. El tordillo lo contemplaba apacible, yo mucho menos. Él tosía agua. Antes que el coscorrón me cerrara los ojos para apretar llanto, pillé que a su boca le faltaba algo, no sólo el aire. Había perdido el paladar.